

Mirándola de reajo

¹ En tanto que la Loli, justo es decirlo para disipar las dudas de quien haya podido forjarse una imagen de ella un tanto sesgada por no decir abiertamente torticera y quién sabe si incluso nefasta y funesta, de tonta no tenía un pelo en aquella su melena tan abundante, tan brillante y sedosa, con aquellos sus bucles que le caían en cascada por aquella espalda rematada en un trasero respingón que hubiera sido (de no ser por lo que la Loli era y por todas las reticencias que el sólo nombrarla despertaba) la envidia de todas las mujeres que, mirándola de reajo y santiguándose, se cruzaban apenas al alba camino de la iglesia con ella.

y santiguándose, se cruzaban apenas al alba camino de la iglesia con ella sonriente y siempre con sus tacones, tan peripuesta y ya de buena mañana tarareando, tan alegre, aquellas melodías que entonaba por lo bajo, como en sordina y a media voz, para ella sola, dedicando a las cuitadas su sonrisa vivaz ¹ y, en las mejillas sonrosadas, tersas como manzanas, **aqueellos hoyuelos** que se le marcaban aunque luego, ya de verdad a solas o con alguna de las muy contadas almas comprensivas de su confianza, sin tarareos a media voz sino entera y quebrada por la

congoja, los ojos se le llenaran de lágrimas y, entre hipos:

– Si es que yo lo sé que en este pueblo no me quieren.

– ¡No han de quererte! — Escandalizada el alma comprensiva, queriendo animarla — No han de quererte y bien sabes lo contentos que se pusieron los sobrinos de don Nicolás cuando...

– No — ella, sonándose que, la otra², “¿te das cuenta como no debes de llorar, que moqueas y te vas a hacer un desgarrón sin querer?”; y la Loli se reía entre lágrimas y la tranquilizaba “¡que no mujer!” —, si los sobrinos y más si son lejanos sí, pero, por lo general pues no.

– Bah — el alma —, ¿qué es en definitiva lo general cuando por lo general se da tan poco?

Y que lo mejor para que no se sintiera culpable era que no perdiese de vista que, cuando más cuando menos, por encima o por delante de los sentimientos³ suelen estar los intereses.

Y se serenaba ella, un poquito, sí; y con la esquinita de un Kleenex, con cuidado, para que no se le corriera el rímel, se enjugaba una lágrima y, ya de pie dándose un tironcito de la falda tan corta y el último sorbo de moscatel, echando una ojeada a la ventana, que dónde estaba la Brigitte.

¹ Y su “pues a ver, atendiendo a mis menesteres como cualquiera” cuando, evasiva, respondía sin dar mucho detalle a la pregunta malévola de ellas inquiriendo “¿qué, de algún servicio?” o, más explícita si conocía que ninguna de las mujeres era familiar del cliente, se alargaba a dar cuenta, somera siempre, de si algún adolescente disoluto “y así — decía — pasa luego lo que pasa”.

² El alma, que comprensiva, sí, pero chapada a la antigua y que le daba mucho repelús aquel cascabelillo, pequeño, que llevaba la Loli **en una de las aletas de la nariz**.

³ Porque parece ser que las almas en su mundo no tienen, porque no la necesiten tal vez, una noción muy precisa de en qué coordenadas se desenvuelve lo espacial.

Mirándola de reajo

- Que la dejé en el pradillo y no la veo.
- Es que — la otra, en tono de no querer herir susceptibilidades pero —, entiéndelo, la llevé al patio.
- A ella le gusta el verde.
- Ya, pero, el verde; que la Linda y las otras y lo seco que está todo tan poco que ha llovido últimamente...
- ¿Ves como tengo razón y que en este pueblo no nos queréis? Y, rezongando por lo bajo panda hipócritas algún día me las pagaréis, agarrando a su Brigitte que pero — en su tono tan suyo y tan festivo — gracias por las pastitas y el moscatel.